

En busca de los niños combatientes en la época de La Violencia en Colombia

Ximena Pachón Castrillón
 Profesora Asociada TC
 Departamento de Antropología
 Facultad de Ciencias Humanas
 Universidad Nacional de Colombia
 Octubre de 2016

Introducción. Hacia una historia de la infancia combatiente en Colombia

1. *Los niños combatientes de la época de la Violencia*
 - 1.1. La Violencia y los niños combatientes
 - 1.2. Los viejos niños combatientes
 - 1.3. Los protagonistas

2. *Contextualizando*
 - 2.1. El escenario
 - 2.2. La cultura campesina
 - 2.3. La familia de donde surgía el niño
 - 2.4. La religión
 - 2.5. Vida cotidiana

3. *La Violencia transforma la vida y cotidianidad de los niños*
 - 3.1. La llegada de la violencia
- 3.2. Niños y jóvenes asumen la defensa de la familia y la vereda
- 3.3. De niños trabajadores a niños combatientes

Reflexiones

Introducción. Hacia una historia de la infancia combatiente en Colombia

En Colombia, en la década de 1970, surge la imagen del niño soldado como algo insólito, como una realidad “nueva” que no se podía creer que existiera. Los niños y la guerra eran ya dos realidades que no se concebía que pudieran estar juntas. A partir de la época, fueron múltiples las fotografías, las notas de prensa, los artículos y las investigaciones que surgieron al respecto. En la década de 1990, los informes de especialistas internacionales, periodistas y científicos sociales atestiguaron la presencia de multitud de niños inmersos desde temprana edad en el mundo de la guerra, donde participaban como testigos de asesinatos, de ataques indiscriminados a la población civil, pero también y de manera muy significativa como integrantes aguerridos de estas organizaciones guerrilleras y de paramilitares. Los medios los mostraba con su camuflado, portando armas, realizando el entrenamiento militar, y en muchos casos, defendiendo verbalmente su actuación. Los medios publicaron igualmente, las imágenes de los niños combatientes muertos. Comenzando el siglo XXI, Colombia ostentaba el cuarto lugar entre los países del mundo con mayor número de niños en los grupos armados ilegales, después de la República Democrática del Congo, Ruanda y Myanmar.¹ En medio de este escenario, donde las noticias sobre la confrontación y la

¹ Pachón, Ximena. “Los niños soldados a través de la historia de Colombia”. Ponencia presentada en: **La Infancia en la Historia de las Américas**. Congreso de Americanistas, Viena, julio 2012

guerra invadieron los medios de comunicación en la segunda mitad del siglo XX, se fue consolidando la imagen del niño soldado, la imagen del niño guerrillero, la imagen del niño como un elemento activo en la confrontación armada que se vivía en Colombia.²

La forma como los niños, niñas y jóvenes llegaban a estos grupos armados irregulares, presentaba modalidades. El reclutamiento forzoso utilizado no era el único mecanismo mediante el cual éstos lograban engrosar sus filas, como comúnmente se creía. Según las fuentes que se consulten, se tiende a privilegiar unas formas de reclutamiento sobre otras. El Ejército Nacional, hablaba de formas coercitivas de llevarse los niños, mientras otras instituciones planteaban, además de ésta, otras modalidades, siendo la voluntaria la más importante. Informe de la Defensoría del Pueblo, consideraba que el 90% de los niños que estaban en la guerrilla, manifestó haber entrado por voluntad propia.³ A unos, los atrajeron las armas y los uniformes; a otros, fueron las condiciones de pobreza las que los llevaron a tomar esta decisión; otros, porque crecieron conviviendo con ella, o se vincularon por sentimiento de venganza porque sus familias y bienes habían sido destruidos⁴ y el entrar a una de estas organizaciones era el único medio que consideraban les permitiría algún día vengarse.

La cotidianidad de los niños, niñas y jóvenes en los diferentes contextos de la realidad nacional no era homogénea y múltiples variables se encontraban en la práctica asociada al ingreso “voluntario” de éstos a las filas de los grupos irregulares. Sus niveles de vulnerabilidad no eran iguales en todas las regiones del país. La descomposición social, el cubrimiento escolar de la región, los niveles de pobreza y pauperización de la familia, las estructuras familiares resquebrajadas, además de la presencia de padres, hermanos, parientes o amigos dentro de estos grupos, eran algunas de las variables que junto a otros factores, incidían en la decisión del menor de tomar las armas. Estudios realizados encontraron que el haber tenido un miembro de la familia que hizo o hacía parte de un grupo armado irregular, era una de las variables más asociada a la probabilidad que un niño o un joven se vinculara a estos grupos, señalándose como más de la mitad de los desvinculados reportaron que un familiar suyo había estado en algún momento involucrado con una de estas organizaciones.⁵

Sin embargo ésta no fue la única situación. Fueron muchos los niños que ingresaron a la fuerza, arrastrados por el poder amenazador de las armas y el torbellino de la violencia⁶, instaurado en muchos sectores del país, como una especie de servicio militar obligatorio para los menores de edad y el cual podía prolongarse hasta dos años.

Además de los niños que se entregaban “libremente” y de los reclutados a la fuerza, había otros que eran “hijos de la guerrilla”, niños que nacieron dentro de la

² Pachón, Ximena. “La infancia perdida en Colombia: los menores en la guerra”. **Working Paper Series No. 15**. Center for Latin American Studies at Georgetown University, 2009

³ Esta misma cifra se encuentra en Mario Gomez. *Infancia en la Guerra: niños y niñas en el conflicto armado en América Latina y el Caribe*. FENALCO, Bogotá, s/f/

⁴ Álvarez – Correa, Miguel y Aguirre, Julián. **Guerreros sin sombra. Niños, niñas y jóvenes vinculados al conflicto armado**. Bogotá: Procuraduría General de la Nación, Instituto de Estudios del Ministerio del Interior, Instituto Colombiano de Bienestar Familiar, 2002, Pg. 32

⁵ María Victoria Llorente, Enrique Chau, Luz Magdalena Salas. (2004). “Nueva Evidencia sobre la violencia juvenil en Colombia”. Documento de trabajo. Universidad de los Andes, CEDE, Bogotá

⁶ Según el informe de Human Rights Watch, el 14% de los niños guerrilleros entrevistados por ellos, habían sido reclutados a la fuerza. Algunos de tan solo 12 años de edad (Human Rights Watch, 2004. Op. Cit)

organización, que eran hijos de padres guerrilleros cuyos abuelos posiblemente se formaron en La Violencia de mediados de siglo y quienes después de pasar sus primeros años al lado de unos parientes o acudientes, apenas lograban adquirir las habilidades mínimas que les permitían “vivir en el monte”, se unían a sus padres e ingresaban a las filas guerrilleras a seguir el camino por ellos señalado.

Sin embargo, la realidad de los niños combatientes, que esperamos que en este año de 2016 con la firma de los acuerdos de paz entre el gobierno de presidente Santos y las FARC, desaparezca de la historia nacional, no era una realidad nueva ni en la historia de Colombia, ni en la historia universal. Ellos han estado presentes a lo largo de la historia militar colombiana y de los múltiples conflictos que caracterizaron el siglo XX. En La Guerra de los Mil Días (1899-1902), la mayor guerra civil que azotó a la República de Colombia y a Panamá, a la época tan solo un Departamento del país, Carlos Eduardo Jaramillo autor de “Los guerrilleros del Novecientos”⁷, encontró, sin proponérselo tal vez, a los niños inmersos en este conflicto:

“Al ambiente de radicalismo e intolerancia necesario para desatar la guerra y mantenerla activa no pudo escapar nadie, ni siquiera los niños. Estos, liberales o conservadores, desde el mismo momento de su concepción ya formaban en las filas de uno de los dos partidos políticos en que se dividía Colombia, y cuando crecían hacían de todos sus espacios sociales sitios donde se repetía la confrontación iniciada por los mayores”.⁸

El autor describe como en los centros educativos los cursos se dividían en bandos y cómo en las ciudades los niños que no fueron a los campos de batalla, hicieron de la guerra su juego favorito ante la mirada impávida de sus padres que observaban cómo las rondas infantiles dieron paso a las marchas y a las órdenes de mando dadas por niños que ahora asumían el papel de generales y sargentos. Presenciaron igualmente como la infancia de pueblos y ciudades armada de palos y caucheras, convirtió calles y mangones en lugares para celebrar sus batallas campales.⁹

Pero en esta contienda, el papel de los niños no se limitó únicamente a los juegos de la guerra, sino que ellos también fueron partícipes del conflicto, particularmente aquellos que habitaban las zonas rurales o las pequeñas poblaciones. De esta manera, aprisionados en medio del torbellino de la guerra, muchos cambiaron su azadón y sus libros por fusiles, para marchar a los campos de batalla. Unos lo hicieron en compañía de sus padres, otros como conscriptos llevados a la fuerza, y algunos inducidos por el fervor político “unido a la imagen idealizada de la guerra y de los hombres que la hacían”.¹⁰

El autor concluye señalando que los niños soldados y/o los niños guerrilleros abundaron en ambos bandos y pusieron una importante cuota de sacrificio, que no hizo mas que continuar, en la Guerra de los Mil Días, una ya vieja tradición en

⁷ Jaramillo C. Carlos Eduardo. Los Guerrilleros del Novecientos” Bogotá, CEREC, 1991

⁸ Jaramillo C. Carlos Eduardo. Los Guerrilleros del Novecientos” Bogotá, CEREC, 1991:74

⁹ Jaramillo C. Carlos Eduardo. Los Guerrilleros del Novecientos” Bogotá, CEREC, 1991:74

Jaramillo C. Carlos Eduardo. “Los Guerreros invisibles. El papel de los niños soldados en los conflictos civiles en el siglo XIX en Colombia”. Pablo Rodríguez y María Emma Mannarelli (Coord). Historia de la Infancia en América Latina. Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2007

¹⁰ Jaramillo C. Carlos Eduardo. Los Guerrilleros del Novecientos” Bogotá, CEREC, 1991:75

nuestros conflictos internos.¹¹

Teníamos entonces la imagen de los niños combatientes de finales de siglo y de principios del siglo XX, sin embargo, para la época de La Violencia de mediados de siglo, el niño, y especialmente el niño combatiente, no había sido objeto de interés por parte de los investigadores. De esta manera, en este texto exploraré de manera muy incipiente la realidad social de los niños combatientes durante esta época.

1. La Violencia y los niños combatientes

1.1. Búsqueda de los niños combatientes

“La Violencia” es un término que en el habla cotidiana de los colombianos, se fue convirtiendo en el nombre de una época que va desde la mitad del decenio de los años 40 hasta la mitad de los 60, cuando se extinguieron las últimas organizaciones armadas vinculadas de alguna forma a los dos partidos contendores, liberal y conservador. En la memoria de los colombianos que, adultos o niños, vivieron esos años en la mayoría de las regiones, la etapa de “La Violencia” divide en dos tanto la historia del país y esos terruños como los de sus propias familias y sus mismas vidas”.¹²

Efectivamente, en Colombia entre 1946 y 1965, se generalizó una guerra civil no declarada que enfrentó a liberales y conservadores, produciendo más de doscientas mil víctimas en su mayoría campesinos analfabetas que seguían fanáticamente las orientaciones de gamonales y caciques locales de uno y otro partido. Fue un periodo caracterizado por la confrontación armada de carácter irregular y por manifestaciones de terror y violencia de proporciones no imaginadas en todo el país. Este conflicto, denominado La Violencia, dio pie a la insubordinación campesina y popular que constituyó la base de los primeros focos guerrilleros de la segunda mitad del siglo XX en Colombia.

Durante este periodo de La Violencia, de igual manera que en la Guerra de los Mil Días y en las guerras civiles del siglo XIX, el niño no logró escabullirse al acontecer político y militar en el que se encontraba inmerso y ahí lo hallamos atrapado en medio del entramado del conflicto, como un elemento activo del proceso. Sus rastros los encontramos en algunos de los textos que se han escrito sobre el período, y de manera muy especial en el emblemático libro de Monseñor Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, “*La Violencia en Colombia*”.¹³

“En el subfondo del proceso se ve pasar al niño como elemento activo de la tragedia. Pequeños soldados y futuros jefes; asesinos y criminales del mañana: clientelas de

¹¹ Jaramillo C. Carlos Eduardo. Los Guerrilleros del Novecientos” Bogotá, CEREC, 1991:74
Jaramillo C. Carlos Eduardo. “Los Guerreros invisibles. El papel de los niños soldados en los conflictos civiles en el siglo XIX en Colombia”. Pablo Rodríguez y María Emma Mannarelli (Coord). Historia de la Infancia en América Latina. Universidad Externado de Colombia, Bogotá, 2007

¹² Carlos Miguel Ortiz. Historiador

¹³ Guzmán Campos, Germán; Fals Borda, Orlando; Umaña Luna, Eduardo. 1962. **La Violencia en Colombia**. Carlos Valencia Editores. 9 edición. Bogotá, 1980: 147

cárceles y estrados judiciales, serán el azote de una sociedad que los frustró”.¹⁴

Los autores de la obra, se encuentran con sorpresa con los niños involucrados en el conflicto de una manera mucho más activa, significativa y preocupante de lo que pudieron imaginar. Biografías de algunos guerrilleros y de bandidos emblemáticos de la época, señalan como algunos de ellos se iniciaron en la guerra desde muy pequeños, habiendo sido en sus inicios “niños combatientes”. Un caso emblemático es el de uno de los más renombrados guerrilleros de la época, Teófilo Rojas, más conocido como “Chispas”, el joven que con 13 años de edad y seis meses de escuela, se refugió en el monte, después de presenciar la violencia de la policía conservadora contra su familia y conocidos. El joven Teófilo Rojas, se juntó con otros campesinos, algunos de su misma edad y aún más jóvenes, así como con otros mayores en edad y experiencia, con pasados similares, y con el tiempo llegó a comandar una poderosa cuadrilla compuesta por 80 integrantes, “todos demasiado jóvenes”, “casi todos jóvenes hijos de jornaleros”.¹⁵

Estas pequeñas pistas encontradas en algunos textos, me llevaron a iniciar una exploración sobre el tema: Seguir los rastros de estos niños combatientes de la época de *La Violencia*, sobre los que no se había escrito nada.

La bibliografía académica existente sobre la temática cobijada bajo la categoría de *La Violencia* abarca miles de textos de muy diversa índole. La mayoría de ellos se produjeron de manera especial a partir de la década de 1960 y muy especialmente desde la publicación del libro pionero en el tema: *La Violencia en Colombia* de Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, elaborado bajo la mirada sociológica y jurídica de sus autores. Existen además, infinidad de textos de carácter eminentemente histórico, otros más sociológicos y antropológicos e infinidad de publicaciones como informes y panfletos.¹⁶

También se encuentra una amplia bibliografía literaria. La magnitud de lo ocurrido en Colombia durante el periodo señalado, llevó a que muchos testigos letrados de los hechos buscaran los medios para dejar sus testimonios de lo ocurrido. Muchos de ellos bajo la forma de novelas, al punto que muchos especialistas en la materia consideran que *La Violencia* fue el tema dominante en la novelística colombiana de la época.¹⁷

La búsqueda también incluyó material fotográfico sobre niños combatientes en la época de *La Violencia*. Si bien toda esta información consultada, muy especialmente la de las novelas, resulta muy útil para conocer escenarios, sucesos que se repetían, costumbres y captar las atmósferas que se vivían en la época, el niño o la niña, la infancia en general, no aparece como un personaje central en ninguno de los textos

¹⁴ Guzmán Campos, Germán; Fals Borda, Orlando; Umaña Luna, Eduardo. 1962. **La Violencia en Colombia**. Carlos Valencia Editores. 9 edición. Bogotá, 1980: 147

¹⁵ . Ortiz, Carlos Miguel. “Las guerrillas liberales de los años 50 y 60 en el Quindío”. **Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura** – Vol 12. Pg: 105

¹⁶ Ortiz, Carlos Miguel. (1994). Historiografía de la Violencia *La historia al final del milenio: ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, Pg 422

¹⁷ Mena, Lucila Inés. “Bibliografía anotada sobre el ciclo de la violencia en la literatura colombiana”, *Latin America Research Review* 13, N.3(1978):96

consultadas. Cuando ellos aparecen, ocupan lugares muy secundarios, están en el escenario “oscurecidos”, invisibilizados.

Tal vez la búsqueda de fotografías, constituyó una de las actividades más frustrantes de todas las que se realizaron, pues no se logró ubicar prácticamente nada nuevo. El grueso de las fotografías de la época de La Violencia en Colombia, fueron las que circularon en la prensa para denunciar las atrocidades ocurridas. Estas fotografías, registraron con sadismo las masacres, las decapitaciones, los cadáveres desmembrados de hombres y mujeres, pero fotografías sobre vida cotidiana campesina, sobre familias, sobre niños no se encuentra. Algunas de estas fotografías que se hallan en la prensa, se repiten o provienen de legados de los folios que se conservan en los expedientes de los archivos nacionales o regionales.

1. 2. Los viejos niños combatientes

Al no estar presente la niñez en la documentación escrita sobre la época, o estarlo de forma muy tangencial, ya que los escritos pasan su mirada por encima de la presencia de los niños, se hizo necesario buscarlos en otra parte: encontrar, antes de que fuera muy tarde, antiguos niños guerrilleros. El hecho de poder entrevistar directamente actores individuales de los hechos y reconstruir sus pequeñas o grandes historias, permitiría pensar el tema desde ellos mismos y no solo a partir de los procesos o actores colectivos, como es frecuente en la historiografía colombiana.

De esta manera, en esta parte del texto busco explorar y rescatar las voces de niños combatientes de la época, a través de una estrategia escasamente utilizada en Colombia para historiar la infancia¹⁸: las historias de vida de viejos, en este caso, que durante su infancia no solo estuvieron inmersos en el escenario de la guerra, sino fueron niños combatientes, directamente involucrados con la vida de la guerra, convivieron con los grandes protagonistas del levantamiento guerrillero y adoptaron esta forma de supervivencia.

Los relatos con los que trabajé, constituyen reconstrucciones elaboradas por adultos de su pasado, de su infancia específicamente. No se trata del relato de un niño que cuenta, es el relato de un viejo que busca recordar su infancia. Trabajé con fragmentos de memorias que se han mantenido a lo largo del tiempo, recuerdos que han podido ser evocados por estos antiguos niños combatientes y que ellos han querido compartir. Son también experiencias que ellos desearon que se conocieran y que se compartieran con las personas interesadas.

Cuando estos viejos, hablan sobre la época, cuando logran entrar en la “*honda del recuerdo*”, de las cosas que quisieron olvidar y no lo lograron, reviven internamente el estado de ánimo que debieron sentir en la época. No solamente se ponían nostálgicos, tristes a veces, rabiosos en otros, sino nerviosos y temerosos. Mientras recordaban, hablaban y sus palabras se hacían más lentas, los espacios entre las frases mas prolongados, meditaban sobre lo que decían y las palabras que usaban, pero sobretodo, me sorprendió, la forma como bajaban el tono de su voz. Casi como si nos

¹⁸ El estudio pionero en el uso de las autobiografías para historiar la infancia fue el de Linda Pollock, quien utilizó esta fuente para analizar las relaciones entre padres e hijos entre 1500 y 1900. Véase Linda Pollock *Los niños olvidados: relaciones entre padres e hijos de 1500 a 1900*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990. Y el mas reciente el de la nobel de Literatura, **Svetlana Alexievich**.

estuvieran compartiendo secretos peligrosos, confidencias guardadas que los pudieran comprometer. Susurraban su pasado, lo que recordaban, lo que creían recordar, o solo lo que nos querían compartir. Nos solicitaron tener precaución con quién íbamos a compartir la información que ellos nos entregaron y algunos de ellos incluso me advirtieron, que si llegaba a publicar algo, omitiera sus nombres.

De esta manera, en la exploración que presento en este texto sobre los niños combatientes en la época de *La Violencia*, está construida partiendo de las biografías o relatos de vida elaboradas, las cuales se inscriben dentro de un panorama mas amplio obtenido a través de la voluminosa bibliografía consultada.

Los relatos de la Violencia con los que trabajo en este documento, hacen relación a experiencias reales de los entrevistados, y debo advertir que no es el propósito de este trabajo validar o corroborar la información puntual de las fuentes. Se trata sencillamente de recuperar esa voz lejana de la infancia que aparece a través de los recuerdos del adulto.

1. 3. Los protagonistas

3.1. Pancho Villa (Seudónimo que el mismo seleccionó), al momento de hablar con él, tenía 91 años. Nacido en el Líbano Tolima, en el seno de una familia campesina. Cuando tenía 10 o 11 años, le mataron a un hermano algo mayor que él. Este episodio doloroso para el y su familia, unido a la difícil situación que se vivió en la región, lo llevaron a abandonar su familia y unirse a los “muchachos que estaban en el monte”. Después de la amnistía de Rojas Pinilla, se dedicó a actividades del campo y a negociar con ganado. Lo encontramos en Armenia donde vive modestamente en unión de su mujer y su hijo menor.

3.2. Héctor, de 75 años y nacido en un pueblo del Huila, aunque no fue un niño guerrillero, su deseo a lo largo de su infancia, sí fue haberlo sido. No lo pudo ser por el compromiso que como hijo único sentía con su familia. En su infancia trabajó como sastre confeccionándole uniformes a la guerrilla y colaboró activamente como auxiliador. La narración de Héctor, constituye un caso especial dada su trayectoria, su conversión al protestantismo y su desempeño como Pastor. En la actualidad Héctor es un “seguidor de Jesús”, un hombre inteligente y carismático que dirige una importante iglesia cristiana ubicada en el norte de Bogotá, cercana a Unicentro.

3.3. Gustavo Olaya, tenía 75 años al momento de la entrevista. Es hijo de una familia campesina de ascendencia Pijao, nacido en Natagaima, Tolima. Después de una “planera” que le dio la policía a causa de llevar un pañuelo rojo amarrado al cuello cuando tan solo tenía unos 10 años, que lo dejo casi muerto, el mismo se entregó a la guerrilla liberal con quien permaneció durante casi 7 años, hasta la fecha cuando se dio la amnistía con el gobierno. Allí, en medio de diferentes grupos guerrilleros transcurrió su niñez, pues ingresó siendo un “guambito” de unos 10 años y salió a los 17 años. Hoy es un reconocido medico tradicional y sobandero que atiende a su clientela en Bosa, con los conocimientos que heredó de su madre, hija de un medico

tradicional pijao y con los que fue adquiriendo a lo largo de su vida andariega en diferentes regiones del país.¹⁹

3.4. *Don Chengo*, de 78 años, hijo de madre Pijao, creció en el campo en la región de Natagaima. De niño, su padre fue muerto a manos de la *chulavita*, por lo cual decidió enfilarse en la guerrilla de las FARC con la esperanza de poder vengar su muerte. Su desempeño en las actividades guerrilleras, especialmente su buena puntería, lo llevaron a ser seleccionado como, junto a otros tres compañeros como escolta de Manuel Marulanda. Se vinculó al partido comunista desde muy joven, filiación que mantiene hasta el día de hoy.

Además de estos caso, sobre los que hemos podido profundizar un poco, hemos ubicado en la bibliografía unos pocos casos de niños soldados y algunos datos biográficos, cuyos casos estamos tratando de rastrear, y cuyas voces también aparecerán en este escrito.

2. Contextualizando

2.1. El escenario

El escenario de este trabajo, donde trataremos de aproximarnos a la infancia rural de donde emergieron los niños combatientes de mediados de siglo, se ubica fundamentalmente en las faldas de la Cordillera Central colombiana, en el llamado *Eje Cafetero* dado que La Violencia de mediados del siglo XX tuvo como epicentro fundamentalmente estas zonas cafeteras de la Cordillera Central.²⁰

Esta región cafetera de vertiente, se caracteriza por su temperatura templada y su elevada humedad. Es una zona de alta nubosidad, condensación y precipitación, que dan como resultado un clima medio uniforme y húmedo, y unas tierras exuberantes en vegetación y fauna. En estas zonas andinas, históricamente se configuraron diversos tipos de estructuras agrarias, destinadas muchas de ellas al cultivo del café: pequeñas, medianas y grandes propiedades que albergaban cafetales de variedad *Arábica*, predios sombreados con árboles frondosos de guamo y carbonero. También hacían parte del escenario los cultivos de pan coger como el maíz, la arracacha, el frijol, los cultivos de caña de azúcar y algunos árboles frutales, además de la cría de gallinas, cerdos y ganado, que en conjunto permitían el desarrollo de una economía de autoabastecimiento y la subsistencia de las familias campesinas.

A pesar de la presencia de grandes y emblemáticas haciendas cafeteras, los estudiosos de la historia del cultivo del café en Colombia, han señalado como este cultivo ha sido empresa fundamentalmente de pequeños agricultores.²¹ Allí se producía el café fundamentalmente en pequeñas y medianas propiedades, donde la fuerza de trabajo

¹⁹ Véase Ximena Pachón “ *Pequeños soldados y futuros jefes guerrilleros. Una exploración sobre la presencia de los niños/ niñas en el conflicto armado en la época de La Violencia en Colombia*” Informe Final Convocatoria Orlando Fals Borda. Facultad de Ciencias Humanas, Universidad Nacional, Bogotá, Bogotá, abril 28 de 2015

²⁰ Bacca, R. R. (2015). Mujeres en la caficultura tradicional colombiana, 1910-1970. *Historia Y MEMORIA*, (10). P 50

²¹ McGreevey indica, como a mediados del decenio de 1950, menos del 7% del total de la producción cafetera se originaba en fincas de mas de 50 hectáreas.

femenina e infantil fue una de las mas importantes estrategias económicas características de la región.

Esta fuerza de trabajo se encontraba dentro de la unidad doméstica, la proporcionaban las estructuras familiares de los *aparceros*, *tabloneros* y los pequeños propietarios. De esta manera, el auge de la caficultura se encuentra asociado a los núcleos familiares de la región, caracterizados por su numerosa descendencia, por formas especiales de funcionamiento patriarcal, por su religiosidad y valores morales, que garantizaban su funcionamiento.

2.2. La cultura campesina

En el escenario y época que nos ocupa, el analfabetismo, la religiosidad y el aislamiento, caracterizaban a los pobladores de la región, donde los espacios de sociabilidad eran limitados y esporádicos. A ellos se accedía los días festivos o cuando bajaban o subían al pueblo a comprar o vender sus productos. Las cantinas, los bares y los prostíbulos constituían los espacios de sociabilidad masculino, el atrio de la iglesia y el mercado, los femeninos. Allí el campesino se enteraba de lo que sucedía más allá de su vereda,²² y a donde los niños accedían sin ninguna restricción. Los niños iniciaban su socialización en esos espacios masculinos al lado de sus padres y las niñas acompañando a sus madres.

La pertenencia a los dos partidos políticos tradicionales marcaba la vida política de la región. Se nacía liberal o conservador, y los niños desde muy pequeños lo sabían y adoptaban su identidad partidista. Era seguir las ideas de sus padres y abuelos y andar por la senda que ellos abrieron.

“... Toda la familia de nosotros era liberal y los que iban naciendo pues también liberales. Porque mi papá, porque mi mamá, porque mis tíos..., una interminable cadena de la cual nadie escapaba. Era como un nudo de pura tradición. Eso ya estaba escrito, digamos, en el destino de uno, de todos como señal de la Cruz que la fuerza siempre se lleva en la frente” (entrevista María).²³

Los niños heredaban la pertenencia partidista así como las lealtades y odios a ella asociados. Heredaban las historias que sus padres y madres narraban, las cuales, a su vez, habían sido escuchadas de sus ancestros. Así, muchos de los guerrilleros de la época heredaron su inclinación por las armas de un abuelo, un tío o un padrino, antiguos combatientes en la guerra de los Mil Días (1899-1902). Otros, recibieron las enseñanzas de la lucha por la tierra a través de la imagen legendaria de Quintín Lame²⁴ y Eutiquio Timoté²⁵ líderes que reivindicaban los derechos de los indígenas.

²² Uribe, M. V. (1990). Matar, rematar y contramatar: las masacres de la violencia en el Tolima, 1948-1964 (No. 159-160) CINEP. P. 28

²³ Uribe, M. V. (1990).. Matar, rematar y contramatar: las masacres de la violencia en el Tolima, 1948-1964 (No. 159-160) CINEP. P. 91

²⁴ Quintín Lame: el legendario dirigente indígena quien en 1914 dirigió un levantamiento indígena en el Cauca que se extendió al Huila y Tolima. Acusado de construir una república de indígenas dado el crecimiento de su movimiento. En 1924 redactó su libro «El pensamiento del indio que se educó en las selvas colombianas». Su lucha por la tierra obtuvo frutos en 1938, cuando se decretó la restitución de los resguardos de Ortega y Chaparral, escriturados en 1948.

²⁵ Eutiquio Timoté: dirigente indígena colombiano perteneciente a la comunidad [pijao](#) del departamento del Tolima. Fue seguidor de [Manuel Quintín Lame](#) hasta finalizada la década del 20, cuando se unió junto a José Gonzalo Sánchez al recién fundado Partido Comunista Colombiano. Fue candidato a la Presidencia de la República en 1934 y murió asesinado en el Tolima.

En las entrevistas realizadas, todos mencionaron al padre o abuelo como combatiente en esa época y recordaban aún algunas de las anécdotas que ellos les escucharon siendo niños. Pacho Villa, alias escogido por uno de los viejos entrevistados y colaboradores de este trabajo, contaba como su padre, siendo un niño de unos 14 años, peleó en la Guerra de los Mil Días:

“... Mi papa participó en la Guerra de los Mil Días. Junto a su hermano, mi tío, ellos pelearon junto al General Sandalio. Mi tío era más abanderado y arriesgado, él murió en un combate en la zona de los Iguacitos, por allá entre Alvarado y Venadillo.²⁶ Mi Papá se acordaba de Tulio Barón y el General Carreras,²⁷ que lo mataron por los lados de Ibagué... Tres años duró la Guerra de los Mil Días. Mi Papá tenía, quizás por ahí unos 14 o 15 años cuando se lo llevaron, él se fue a las armas. En ese tiempo, también llegaban y si necesitaban personal se lo llevaban... En esta guerra se peleaba a puro machete y, a veces, con una que otra, escopética de fisto...”²⁸

Don Chengo, otro antiguo niño combatiente, por su parte recordaba las andanzas de su padre con el legendario indígena Quintín Lame.³⁰:

“...Mi papa era comunista, el militaba con Quintín Lame y Eutiquio Timoté. El y toda la vereda lo seguían a él. Hoy se reúnan aquí, en ocho días en otra parte... era cuidándose del enemigo... Ellos sabían todo el rodaje de cómo organizar el pueblo, como explicarle al pueblo. Cuando iban al campo y mataban a todo el mundo, ellos le explicaban a la vereda, “La Violencia ya viene p’ca”. Le decían y la vereda entonces se organizó. Vivíamos en la vereda de Coyarcó ...”³¹

Don Gustavo, perteneciente a una tradición mas indígena al igual que don Chengo, contaba

“... Mi papá nos hablaba de Quintín. Cuando en Ortega, le tiraban piedra... Mi papá fue discípulo de Quintín Lame, el los capacitaba. Murió apedreado, pobre, de posada, de limosna... Dejó mucha familia porque en ese tiempo había una situación, si el fuera a una casa donde habían dos, tres niñas, entonces los papas lo oían hablar y decían “esa persona si que es inteligente!!!. Mijita vaya a visitar a Don Quintín ...”. Las niñas entonces se las llevaban a Manuel para que tuvieran hijos inteligentes!!!...”³²

Estudiosos del tema han señalado como se pueden establecer claras líneas de continuidad entre las guerras civiles del siglo XIX, especialmente la de los Mil Días, y la violencia de mediados de siglo en Colombia. Se señala como el abuelo de Manuel Marulanda Vélez, máximo líder de las FARC,³³ fue corneta en las filas de los

²⁶ Alvarado y Venadillo son zonas en el Tolima..

²⁷ Hace referencia al General liberal Vicente Carrera, muerto en combate en la Población de San Luis, Departamento del Tolima.

²⁸ Escopeta de fisto: Arma artesanal, de avan carga y pólvora negra, fabricada normalmente por campesinos o artesanos.

³⁰ Quintín Lame, el legendario dirigente indígena quién en 1914 dirigió un levantamiento indígena en el Cauca que se extendió al Huila y Tolima. Acusado de construir una república de los indígenas dado el crecimiento de su movimiento. En 1924 redactó su libro «El pensamiento del indio que se educó en las selvas colombianas». Su lucha por la tierra obtuvo frutos en 1938, cuando se decretó la restitución de los resguardos de Ortega y Chaparral, escriturados en 1948.

³¹ Don Chengo

³² Don Gustavo

³³ Acrónimo de Fuerzas Armadas De Colombia, guerrilla de inspiración comunista creada en la década de los 60s y con la que el gobierno de Colombia actualmente está negociando un acuerdo de paz.

ejércitos liberales y en recientes entrevistas realizadas en la Habana a Jaime Guaracas, el señala ser nieto de Viviana Durán, activa auxiliadora de las huestes liberales.³⁴

Los niños entonces, heredaban la pertenencia partidista, las lealtades y odios a ella asociados, las historias transmitidas por los ancestros que sus padres y madres narraban. Sin embargo, las viejas armas utilizadas en las guerras civiles del siglo XIX también se pueden mencionar en la lista de las herencias. Escopetas de fisto y viejos fusiles Remington y Gras fueron desenterrados por los guerrilleros de mediados de siglo y utilizados en los primeros enfrentamientos. Los viejos que compartieron sus recuerdos conmigo recuerdan como los padres y mayores de la familia y de la vereda sabían donde estaban escondidas estas viejas arnas. Manuel Marulanda, en Cuadernos de Campaña escribe:

“... Algunos veteranos al frente de grupos aportaron buenos conocimientos y dirección. Indicaban los posibles lugares donde podría encontrarse armas de la Guerra de los Mil Días. No pocos comenzaron a llegar con ellas, inútiles en su mayoría, por los largos años que habían estado enterradas...”³⁵

Los niños campesinos de la época compartían una forma de vida similar, sencilla y monótona, donde la religión constituía un elemento esparcido por toda la región que de manera unánime imprimía su sello en el comportamiento y creencias de la infancia; el compadrazgo como práctica de reciprocidad a través del cual se ampliaban y fortalecían los lazos familiares, y los espacios de sociabilidad bien diferenciados para hombres y mujeres: los bares, cantinas y prostíbulos para los hombres; la iglesia y la cocina para las mujeres. Sin embargo, desde pequeños los separaba una identidad política familiar y veredal, así como los colores que identificaban cada partido: el rojo para los liberales y el azul para los conservadores.³⁶ Los unos eran los collarejos, patiamarillos, nueveabrilenos, chusmeros, limpios; los otros, eran los godos, patones, cachuchones, chulabitas, chulos y chulavos.

2.3. La familia de donde surgía el niño

Existen muy escasos estudios que nos permitan establecer puntualmente como era la familia de los niños cuyas vidas estamos tratando de rastrear. Estudiosos del tema, ubican la familia de la región muy cercana a lo que se denominó el “Complejo de la Montaña o Antioqueño”. Es así como en esta región, la institución religiosa alcanzó “su plenitud máxima” y la unidad doméstica, fuertemente influenciada por la religión, se configuró sobre la base del matrimonio católico. Fue en esta región donde se encontraron los más altos porcentajes de nupcialidad de todo el país, los mínimos de relaciones consensuales y lógicamente, los más altos índices de legitimidad.

Uno de los rasgos mas característicos y visibles de la familia lo constituía, además de su funcionamiento eminentemente patriarcal, la procreación, que se manifestaba a través del alto número de hijos que cada una concebía. El ideal lo constituía la familia numerosa. La familia con amplia descendencia era la imagen de la familia cristiana de la región, era el hogar prolífico que no infringía las leyes divinas, y que por lo tanto se

³⁴ Uribe, M. V. (1990).. Matar, rematar y contramatar: las masacres de la violencia en el Tolima, 1948-1964 (No. 159-160) CINEP. P. 94. Sacado de Alape

³⁵ Manuel Marulanda V. Cuadernos de Campaña. Ediciones Abejón Mono, Bogotá, 1973. Pg. 13

³⁶ Uribe, M. V. (1990). Matar, rematar y contramatar: las masacres de la violencia en el Tolima, 1948-1964 (No. 159-160) CINEP. P. 90

vería bendecido en su capacidad creadora de riqueza, forma en que el Todopoderoso premiaba a los que cumplían las leyes divinas.

En la madre recaía, no solo la reproducción biológica de la familia sino la administración del hogar y a ella correspondía velar por la salud, educación y bienestar de sus hijos y su familia. La huerta casera, los cultivos de pancoger, los animales domésticos estaba bajo su responsabilidad y siempre que “quedara tiempo”, ella estaba lista para ayudar en las faenas del campo, con todo y sus hijos.

2.4. La religión

Dentro de esta región, profundamente impregnada por la fe cristiana, el niño iniciaba su vida religiosa muy tempranamente. El ritual del bautismo adquiría la forma de una ceremonia de gran importancia para el recién nacido y para la familia, que cuidadosamente seleccionaba el nombre acudiendo frecuentemente al santo del día y en la escogencia de los padrinos, buscaba afianzar y ampliar los lazos de parentesco. A partir de allí, el niño iniciaba su participación en la vida religiosa y el aprendizaje de los principios cristianos.

El párroco, el sacerdote de pueblo, adquirió un status preponderante en estas regiones y fue un referente fundamental en la vida religiosa de los niños. Los sacerdotes de la época, se constituyeron en un elemento central del poder de control ejercido por la iglesia y la religión sobre la vida de las comunidades, el funcionamiento de las familias y la vida de los niños. En el confesionario, se enteraban permanentemente de los pormenores de todas las conductas infractoras de su feligresía, y de todo lo que sucedía en su parroquia.

Las oraciones diarias antes de ir a dormir, los rosarios con los abuelos y los padres, las misas los domingos, estaban presentes en la vida cotidiana de estos niños. Uno de los viejos entrevistados recordó como:

“... En esa época se rezaba mucho, toda mi familia era muy rezandera. Digamos, mi papá, él rezaba mucho, mucho, él se sentaba en la cama para levantarse y se tapaba la cara con la cobija y empezaba a rezar ahí calladito, y para acostarse hacia lo mismo, hasta que hacía todo el rosario completo...”³⁷

Otro, don Gustavo, el médico tradicional, ubicó en la abuela la fuente de su espiritualidad:

“... La que me infundió mas la fe fue mi abuela. A yo me gustaba quedarme donde la abuela Eugenia, que estaba como a una hora de camino, acompañándola... Ella se madrugaba a las 4 de la mañana a cantar y rezar el rosario. Yo me gustaba sentarme detrás de ella a rezar también con ella, a repetir lo que ella decía... Ella me enseñó a rezar el Yo Pecedor, el Ave María, el Padre Nuestro...”³⁸

2.5. Vida cotidiana

La lectura de muchos de los textos que han profundizado sobre la época de La Violencia, coinciden en señalar como la mayoría de las víctimas, y buena parte de los victimarios, fueron pequeños y medianos campesinos que vivían aislados en sus

³⁷ Pancho Villa

³⁸ Don Gustavo

veredas, inmersos en una economía de subsistencia en proceso de cambio hacia un capitalismo agrario.³⁹ Como pequeños propietarios de fincas cafeteras o agregados o tabloneros de fincas de mayor tamaño, llevaban una vida sencilla y monótona. Los viejos que nos compartieron sus recuerdos, coinciden en señalar la sencillez en que su vida y la de su familia transcurría. Pancho decía:

“... Nosotros teníamos que caminar a pie limpio, ya cuando nos íbamos haciendo mayorcitos teníamos alpargatas y así era la vida como no... Se comía y se corría a ayudar, a trabajar, y, después, corríamos para la escuela a pie limpio y con pantaloncitos hasta la rodilla, ya cuando uno empezaba a engruesar la voz tenía pantalones alargados, con pantalón claro, chompa⁴⁰ y gorro...”⁴¹

La cotidianidad de gran parte de estas familias y sus hijos, giraba alrededor del cultivo del café o de lo que produjera la parcela. Los niños, andaban con los pies descalzados y mal cubiertos de ropa. Unos iban por algún tiempo a la escuela mas cercana, generalmente distante, donde permanecían por unos pocos meses. Allí aprendían los rudimentos de la lectura y la escritura, algo de suma y resta, además de recitar correctamente el “Padre Nuestro” y el “Ave María”. Todos, a penas podían bastarse a sí mismos, ayudaban a sus padres en las múltiples labores necesarias a la subsistencia familiar.

Los niños sabían desde muy temprano de las tareas que el cultivo del café implicaba: eran expertos “guachupeadores”⁴², muy pequeños adquirían la destreza necesaria para distinguir y recolectar el grano maduro, para el lavado y secado del producto, para la escogencia y descerezado así como el empaque para sacarlo al mercado. También sabían preparar la tierra y limpiarla, hacer los huecos y semilleros, cuidar los almácigos, controlar las malas hierbas, y combatir las plagas y enfermedades.⁴³ Los niños también sabían lidiar con el poco ganado que poseyera la unidad familiar. Ordeñaban cuando fuera necesario, montaban en las bestias al pelo y hábilmente cargaban las angarillas con lo que fuera menester. Aprendían desde muy pequeños no solo a manejar las rudimentarias herramientas que sus padres utilizaban, sino también a elaborar muchas de ellas. A los pocos años eran diestros en el uso del azadón, el arado de chuzo y otros elementos agrícolas, pero muy especialmente el “*machete*”, compañero fiel del campesino de la región, que servía no solo para todas las tareas relacionados con el campo, sino para muchas de los oficios de la cocina. El machete era también el arma que desde niños aprendían a manejar y con la que se defendían en situaciones de peligro. Pancho recuerda así como desde pequeños los niños se hacían trabajadores:

“...Yo me acuerdo nosotros como ayudábamos: nos tocaba de 6 añitos, nos daban unos asadoncitos que eran pequeñitos que se llamaban *guinches* y al pie de papá nos tocaba ir a desyerbar maíz, a desyerbar arracacha, a desyerbar cacao, a desyerbar todo, todo lo que es comidita y caña, todo eso nos tocó de niños...”⁴⁴

³⁹ Uribe, M. V. (1990). Matar, rematar y contramatar: las masacres de la violencia en el Tolima, 1948-1964 (No. 159-160) CINEP. P. 28

⁴⁰ La chompa es una chaqueta.

⁴¹ Pancho Villa

⁴² Guachupear: Colombianismo que hace referencia a la acción de cortar o tumbar el rastrojo o maleza de un modo ligero o incompleto.

⁴⁴ Pancho Villa

Cuando los niños enfermaban, los padres acudían a los remedios tradicionales, heredados de sus antepasados y basados en el conocimiento de las propiedades de múltiples plantas que las madres habían aprendido a preparar. En casos más complicados, cuando las fiebres no cedían, los vómitos y diarreas se hacían incontrolables, se acudía a especialistas que habían en las veredas o en las cabeceras municipales, especialmente a parteras tradicionales, experimentadas no solo en acoger a los niños que llegaban a este mundo, sino también en diagnosticar las causas de las dolencias de los mas pequeños y recomendar la toma de infusiones elaborados con plantas, o pastillas y jarabes que se conseguían en las farmacias de los pueblos. Cuando las recomendaciones no surtían efecto, se acudía a los boticarios de los pueblos, consejeros inmejorables en estas circunstancias, quienes además de conocer todo lo relacionado con las propiedades de las drogas que allí se vendían, conocían el arte de aplicar inyecciones. Lo que no curaba una inyección no lo curaba nada ni nadie.

Sobre las costumbres funerarias, los campesinos de la región creían que los moribundos deshacían sus pasos antes de morir, recorriendo todos los lugares que habían caminado por este mundo.⁴⁵ Cuando los niños morían, su entierro era realizado festivamente, pues se consideraba que emancipados del pecado original por el bautismo recibido y libres de pecados cometidos por no haber alcanzado la edad de la razón, no había duda de que el niño muerto entraría de manera directa en el paraíso. Sus padres experimentaban un doble sentimiento: el dolor de la pérdida, pero también la alegría que les ocasionaba la certeza de que su hijo, convertido en angelito, vivirá para la eternidad.

3. La Violencia transforma la vida y cotidianidad de los niños

En este mundo campesino, con toda su carga de tradiciones, costumbres, rutinas y hábitos propios, fue donde surgió y se desarrollo mayoritariamente el proceso denominado de *La Violencia*. En el Tolima, especialmente en el sur del departamento, se desplegó sistemáticamente una violencia gubernamental dirigida contra sectores campesinos de profunda raigambre liberal ejercida por la Policía y por bandas de conservadores armados. Manifestaban estarse vengando de los hechos del 9 de abril de 1948, cuando asesinaron en las calles de Bogotá al líder popular liberal Jorge Eliecer Gaitán y el pueblo se había insurreccionado. A ese pueblo insurrecto era al que querían castigar.

Los habitantes de estas regiones, especialmente los sectores campesinos, fueron acusados de robo, de incendios, de asesinato y de rebelión. Los calificativos de “nueveabrileños”, “collarejo” y de “chusmeros” encarnaban todas las razones que se aducían para avanzar con la persecución política en las veredas, pequeños poblados y aun en las ciudades. Bastaba con que una región o vereda fuera señalada como su residencia, para que la policía y los conservadores amados la arrasaran, matando parte de sus habitantes, llevándose campesinos prisioneros que nunca aparecían, robando sus ganados, saqueando y quemando sus viviendas, y violado sus mujeres. Bandas de conservadores se organizaban con el exclusivo fin de de sembrar el terror entre la

⁴⁵ Ocampo López, Javier. **Folclor, costumbres y tradiciones colombianas**. Bogotá, Plaza y Janés, 2006 pg.39

población y apoderarse de los bienes de los campesinos. La Policía y las autoridades locales los apoyaban. “La muerte deambulaba en las manos de estos asesinos que contaban con estímulos no despreciables del gobierno”.⁴⁶

3. 1. La llegada de la violencia

Los testimonios recogidos y encontrados, coinciden en señalar como los niños recuerdan la llegada de La Violencia. Era algo que “veían venir”, “desde lejos se veía”, “al otro lado divisaban los ranchos ardiendo”, “era como una mancha que se extendía”, recuerdan algunos. También, a lo lejos, la “oían acercarse”: “se oía el tiroteo en las noches”, “ese traqueteo se oían cada vez mas cerca”. Era un murmullo característico que junto con las llamas de las casas ardiendo y los cuerpos muertos flotando en el río, les anunciaba la llegada de La Violencia.

Ellos, de niños no lograban entender la dimensión de lo que sucedía. Solo recuerdan la zozobra de sus padres, el pavor de la llegada de la noche porque ella no aparecía sola, sino venía acompañada del temor que les sucediera lo mismo que a otras familias de la vereda y amigos habían padecido. Esa eventualidad, no las dejaba pasar la noche en las viviendas. Las noches se hicieron más oscuras y silenciosas que antes, más tenebrosas y se transformaban en horribles pesadillas. La muerte no los abandonaba y los seguía a donde fueran.

Fue cuando les toco empezar a dormir en el monte en unión de sus padres y hermanos.

“... Me acuerdo que a nosotros, desde esa época, nos tocó empezar a dormir en el monte. Pues ya no había la tranquilidad como para quedarse de noche en las casas. Es que no se sabía a que hora de la noche iban a llegar, a sacar al dueño de la casa. Los hijos grandes los ponían presos y al otro día aparecían en los caminos, muertos... Es que no se contentaban con atropellos y robos sino que cometían violaciones. Violaban a las hijas de los campesinos, a las mujeres indefensas, cometían toda clase de arbitrariedades”.⁴⁷

Don Gustavo, el medico tradicional que entreviste, contaba:

“Por ahí en el 48 que yo me alcanzo a acordar, cuando mataron, en la guerra liberal conservadora, a Gaitán, cuando alrededor de la casa nuestra metían candela. Llegaban los conservadores a las casas de los liberales, amarraban la puerta por fuera y le metían candela a la casa, con todos los niños, con todo lo que hubiera en la casa. Nosotros, *guambitos*, veíamos quemar las casas... veíamos como las quemaban!!!”.⁴⁸

Gerardo, el joven cuyas vivencias recogió Jacques Aprile, relataba:

“... a mi mamá la asesinaron allá en la finquita, en la parcela que teníamos. A ella le pegaron veintiocho machetazos y también mataron a uno de mis hermanos que tenía como dieciocho años. A él lo dejaron vuelto pedazos, encontraron un brazo de un lado, otro de otro lado, todo vuelto pedazos ... Y nadie sabe por qué, ni nada, ni quién fue ni por que él, ni nada”.⁴⁹

⁴⁶ Manuel Marulanda V. Cuadernos de Campaña. Ediciones Abejón Mono, Bogotá, 1973. Pg 12

⁴⁷ Aprile-Gnisset, Jacques La Crónica de Villarrica. Edición Instituto Latinoamericano de Servicios. ILSA-Revista Opción. 1991. P. 140

⁴⁸ Pancho Villa

⁴⁹ Testimonio de Gerardo, nacido el 29 de abril de 1944 quien perteneció como combatiente guerrillero a las FARC-EP, los testimonios de la violencia que vivió y del hermano que ya participaba siendo un niño como combatiente. Aprile-Gnisset, Jacques La Crónica de Villarrica. Edición Instituto Latinoamericano de Servicios. ILSA-Revista Opción. 1991. P. 33,34

Algunas veces, no muchas, los padres lograban conservar sus pertenencias. Volvían a su predio en las horas del día, cuidaban sus animales y recogían algo de los sembrados que les permitía satisfacer el hambre. Pero para una parte muy grande la población, se generalizó entonces el abandono de las parcelas y el inicio de un éxodo masivo. El testimonio de Pedro, guerrillero de 18 años a la época, ilustra sobre las condiciones de los niños y sus familias bajo el asedio de los militares en el bombardeo a la zona de Villarrica⁵⁰:

“... La gente tuvo que dejar las maletas que llevaban, la ropa; algunos se ponían un vestido sobre otro, para no tener que cargar las maletas y el problema de los niños. Había compañeros que cargaban hasta 3 niños, uno sobre los otros: 2 a las espaldas y uno adelante, o sea terciados...”⁵¹

Testimonios como los anteriores se repiten, con pocas modificaciones, en múltiples de los textos encontrados en la bibliografía revisada, al igual que en los relatos recopilados por mí. Para los niños y niñas de la época el espectáculo de la muerte y sus atrocidades invadió el escenario de la vida cotidiana.

“... Yo, así de chiquita, veía llevar los muertos, víctimas de la *chulavita*⁵² o que cayeron en los primeros encuentros que hubo con un grupo armado, en Mercadillas, en Cuinde Blanco. De pronto llegaban seis o siete muertos, en mulas, atravesados... Llegaba el Ejército con las mulas y los muertos, unos encima de otros. Y todos sin cabeza ... Eso era terrible ... Los que encontraban las cabezas, decían que no tenían orejas. Los *chulavitas* se llevaban las orejas, con eso les pagaban o los ascendían. Y otra vez volver a oír el tiroteo en el campo... Y después, otra vez llegaban los muertos ...”⁵³

Para los niños y niñas de la época, la muerte y la violencia se fue haciendo cada vez mas cercana y atacaba no solo a veredas y personas distantes, sino se fue acercando a las veredas vecinas y se convertía en un espectáculo cotidiano que se sucedía en los caminos, en los pueblos, en los ríos que atravesaban la región.

“...Yo mismo, con mi hermano Enrique, veíamos matar. Camionadas de gentes liberales, las traían de Roncesvalles y las botaban allí, cerca a Rovira, a un río que hay. Allí los mataban a puro machete. Una noche como a las siete, en la casa de un vecino, un señor Pedro Villanueva, le mataron todos los hijos y la mujer. Se salvó únicamente él porque alcanzó a huir, y lo primero que hizo fue avisarnos. Nos avisó para que no nos asesinaran a nosotros. Nuestra finca era ganadera y cafetera, entonces salimos nosotros huyendo en los cafetales. Y como a los diez minutos de salir nosotros, sí, como a los diez minutos, llegaron ahí e incendiaron todo. Eran los de la Policía, la *chulavita*, que venía de San Antonio de los Micos, una vereda más arriba de Roncesvalles... En esa vereda mataron a más de ochenta personas, no me recuerdo el

⁵⁰ **Villarrica** es uno de los 47 municipios del departamento del Tolima. Región cafetera, poblada por campesinos liberales, simpatizantes de las ideas de Jorge Eliécer Gaitán, fue uno de los municipios donde se sintió con mayor fuerza el fenómeno de La Violencia a mediados del siglo XX. Allí, se organizó una junta revolucionaria y fue escenario de la conformación de las guerrillas liberales que practicaban la autodefensa campesina.

⁵¹ Aprile-Gnisset, Jacques La Crónica de Villarrica. Edición Instituto Latinoamericano de Servicios. ILSA-Revista Opción. 1991 p. 94

⁵² *Chulavita*: nombre dado en la época a la policía conservadora que, reclutada principalmente en el pueblo de Chulavía en el Departamento de Boyacá, sirvió para designar a todos los miembros de esta institución.

⁵³ Testimonio de Teresa una señora que vivió en Guanacas en Pandi de los muertos que vio cuando era pequeña. Aprile-Gnisset, Jacques La Crónica de Villarrica. Edición Instituto Latinoamericano de Servicios. ILSA-Revista Opción. 1991. P. 140

nombre del río en donde las botaban y tampoco el nombre de la vereda. Es que yo tenía unos siete u ocho años. Además nos fuimos y nunca volvimos por allá".⁵⁴

3. 2. Niños y jóvenes asumen la defensa de la familia y la vereda

Grupos de autodefensa campesina empezaron a conformarse en la región, hacían su aparición en el lomo de la Cordillera Central y fueron para muchos de los campesinos una esperanza de poder quedarse participando en ellos, y estar cerca de su parcela. Muchos de los niños y jóvenes huyeron con sus padres, familiares y vecinos de vereda y buscaron refugio en el monte. Huyeron con lo que tenían puesto, dejándolo todo. Algunos lograban regresar al predio de día, atender parte de las sementeras y dar de comer a las pocas bestias que tenían. Otros, no pudieron volver y desde la distancia vieron saquear sus enseres, llevarse los animales y quemar su vivienda.

"... Esta matanza de Bateas⁵⁵ fue en el 49, los conservadores asesinaron a 48 personas en la vereda y nos tocó irnos. La noche del asesinato, de la matanza, esta noche yo estaba donde mis abuelos, haciendo unas quemas en la finca, en la vereda los Ángeles. Pero toda esta gente fue asesinada en Bateas donde vivíamos. Los que nos salvamos fue que nos dimos cuenta con anticipación de los incendios y huimos unos pocos. Allí mataron desde niños recién nacidos hasta ancianos, todo lo que encontraron allá en esa vereda lo mataron. La casa la quemaron, todo, totalmente..."⁵⁶

Desde los inicios mismos del período, muchos de estos niños, trabajadores desde que tenían uso de razón, adiestrados desde pequeños en las labores del campo, en el manejo de las herramientas y especialmente del machete, asumieron la función de defensa de la familia y la vereda. La vereda siempre está presente en los relatos de los viejos sobre su infancia rural. Esta constituía una unidad social básica, trenzada por lazos de parentesco, compadrazgo, vecindad y amistad. Generalmente se identificaba con un color político y para los niños era su referencia e identificación. En el transcurso de los acontecimientos, los niños desde muy pequeños fueron entonces ejercitándose en las labores de la guerra y en el manejo de las armas.

"... La mayoría de los hijos éramos pequeños en ese entonces. El mayor creo que tenía por ahí unos catorce años. Pero él no estaba esta noche porque él ya estaba entrenado para pelear. Ya había grupos que estaban defendiendo la vereda contra la otra vereda y que se enfrentaban a bala. Entonces a él mi papá lo había entrenado..."⁵⁷

Fue en las manos de muchachos muy jóvenes, en quienes recayó la función de

⁵⁴ Testimonio de Gerardo, nacido el 29 de abril de 1944 quien perteneció como combatiente guerrillero a las FARC-EP, los testimonios de la violencia que vivió y del hermano que ya participaba siendo un niño como combatiente. Aprile-Gnisset, Jacques La Crónica de Villarrica. Edición Instituto Latinoamericano de Servicios. ILSA-Revista Opción. 1991. P. 29

⁵⁵ Bateas Es una inspección municipal de Tibacuy.

⁵⁶ Testimonio de Gerardo, nacido el 29 de abril de 1944 quien perteneció como combatiente guerrillero a las FARC-EP, los testimonios de la violencia que vivió y del hermano que ya participaba siendo un niño como combatiente. Aprile-Gnisset, Jacques La Crónica de Villarrica. Edición Instituto Latinoamericano de Servicios. ILSA-Revista Opción. 1991. P. 29

⁵⁶ Testimonio de Gerardo, nacido el 29 de abril de 1944 quien perteneció como combatiente guerrillero a las FARC-EP, los testimonios de la violencia que vivió y del hermano que ya participaba siendo un niño como combatiente. Aprile-Gnisset, Jacques La Crónica de Villarrica. Edición Instituto Latinoamericano de Servicios. ILSA-Revista Opción. 1991. P. 29

⁵⁷ Testimonio de Gerardo, nacido el 29 de abril de 1944 quien perteneció como combatiente guerrillero a las FARC-EP, los testimonios de la violencia que vivió y del hermano que ya participaba siendo un niño como combatiente. Aprile-Gnisset, Jacques La Crónica de Villarrica. Edición Instituto Latinoamericano de Servicios. ILSA-Revista Opción. 1991. P. 28

defender en la época las familias y veredas. Fue una generación de niños y adolescentes, que armados con rudimentarias armas y organizados de una manera muy intuitiva para resistir y enfrentar al enemigo, conformaron una parte fundamental de las organizaciones guerrilleras de la época, y a quienes nunca se les ha reconocido el papel protagónico que jugaron en una época tan importante de la historia de Colombia. El testimonio de Gerardo, niño de 12 años en la época de los acontecimientos así lo demuestra.

“... Luego de un tiempo, en vista de que no nos daban ningún auxilio, entonces fue cuando iniciamos la política de auto-defensa en masa. Es decir la vigilancia de las veredas... la situación se iba agravando siempre más. ... Me acuerdo que un domingo, día de mercado, a principios de 1952, el Ejército asesinó a mujeres, ancianos y niños; también quemaban casas con todo lo que había adentro. Así fue como se formó mi grupo de jóvenes, dirigidos por nosotros mismos, porque no había ninguna organización que diera alguna orientación. Pero comenzaron las acciones de resistencia y en una forma increíble nos lanzábamos a la pelea con peñillas, con escopetas de fisto y con escopetas de cápsulas. Así nació el movimiento campesino armado...”⁵⁸

Ante la impotencia frente a la situación, muchos padres liberales, habitantes de pueblos y veredas de la región que nos ocupa, enviaban ellos mismos a sus hijos para que se fueran al monte donde grupos de autodefensa se habían organizado. Les daban la bendición, se los encomendaban a Dios y los mandaban. Allí, consideraban, estarían mas seguros, podrían salvar su vida y además ayudarían a defender a las familias liberales.

3. 3. De niños trabajadores a niños combatientes

Para estos niños, la vida en el monte, de andariegos, haciendo parte de grupos de autodefensa veredal, campesina y posteriormente de grupos más organizados de las incipientes guerrillas que se estaban organizando, fue una experiencia dura e imborrable. Recuerdan la zozobra permanente ante la posibilidad de ser en cualquier momento atacados por la policía o las bandas de pájaros, las largas camitas, la consecución de las armas. Pancho me contaba:

“... Yo entré en el año de 1948, después de que mataron a mi hermano ... eso es verraco!!!, eso no es para cualquiera!!! Porque la consigna de los guerreros era hacerse a las armas a sangre y fuego. Eran grupos andariegos, uno salía de un sitio y se iba para otro, se reunían entre 15 y 20 hombres y el comandante, y así se fue creciendo hasta que llegaron a haber ejércitos de 200 hombres y más que se enfrentaban con las mismas armas que les quitaban a la policía y al ejército”.⁵⁹ En la guerrilla, yo veía pasar por ahí, muchachos de 10, 12 años que ya tenían su escopeta. Había de todo, gente madura, gente joven y muchos muchachos de 10 años que se tenían que terciar un Grass o un Mauser...”⁶⁰

Después que Libertador, jefe de una cuadrilla de chusmeros liberales se llevara voluntariamente a Don Gustavo, el medico tradicional que nos colaboró en este trabajo, cuando tan solo tenía 10 u 11 años de edad, el recuerda como se inició su proceso de aprendizaje e incorporación a la nueva vida y las múltiples dificultades que enfrentó:

⁵⁸ Testimonio de Gerardo, nacido el 29 de abril de 1944 quien perteneció como combatiente guerrillero a las FARC-EP, los testimonios de la violencia que vivió y del hermano que ya participaba siendo un niño como combatiente. Aprile-Gnisset, Jacques La Crónica de Villarrica. Edición Instituto Latinoamericano de Servicios. ILSA-Revista Opción. 1991. P. 46,47

⁵⁹ Pancho Villa

⁶⁰ Pancho Villa

“... Libertador me dio morral, un morralito, un lýchigo, me lo cargué a la espalda; el me enseñó cómo era que se terciaba eso y me entregó un revolver marca Lechuza, un 38 largo y una carabina de la U⁶¹ de 12 tiros. Me dio también dos granadas de tubo⁶² y dijo “*Usted es el lancero, este chino debe ser bueno para lanzar granadas!!!*”. Me enseñó como se lanzaba la granada. Yo no podía correr!!! Me recuerdo los tubos me golpiaban aquí en estos huesitos de la pierna. Yo corría pero con dificultad... y sufría siempre... Eso de una vez le enseñan a uno. Le entregan el equipo y de una le van enseñando... También me daban cigarrillos y fiambre, unas arepas y una comida que llevaba el hombre ... Yo era el consentido, yo era la mascota”.⁶³

Pancho, por su parte recuerda igualmente su entrenamiento y su aprendizaje así:

“... Un muchacho, en dos o tres clasecitas aprende a manejar un arma... Claro que a los niños, a los jovencitos nos protegían y nos enseñaban y los guiaban, porque en ese tiempo todo el mundo estaba muy sentido y adolorido... Al llegar muchachos a la guerra los recibían con mucho afecto y de una a las armas. El comandante llamaba a un guerrero y le decía “*Civilíceme este muchacho a la guerra sí*”, y los cogían y les daban instrucción. Esos muchachos eran unos verracos, parecían unos gusanitos, livianitos de cuerpo y el cuerpo les ayuda para todo eso de la guerra...”.⁶⁴

Entre las instrucciones que recuerdan y que no se les han olvidado, está la relacionada con sus pertrechos y cómo nunca y bajo ninguna circunstancia un guerrero debía soltar el arma o su morral, “el arma era su mujer, nunca se soltaba, ni para hacer las necesidades... Y durmiendo muchas veces en la pura tierra o recostado a un palo y cayendo el aguacero!!! Nunca se soltaba el arma”.⁶⁵ Igualmente les exigían, que nunca debían dispersarse: “Teníamos que estar todos juntos, no nos podíamos separar. El que se va para allí, hay que saber a donde se fue...”.⁶⁶

Don Gustavo como cuenta igualmente, como en esa época aprendió el arte de la guerra, el manejo de la pólvora y la elaboración de bombas artesanales:

“... Un comandante reunía personal en un cafetal, en un potrero o un monte, y daba las instrucciones, les enseñaba el manejo del arma. En caso de combate, como debían obrar y como era una retirada, como tenían que retirarse y donde era el sitio que se debían reunir. En ese tiempo, hacían bombas hechizas, porque no había dinamita sino pólvora negra. Se hacían en tarros, en cocos se hacían las bombas. Las minas se hacían de trapo, se mojaba la pólvora en agua y se mojaban los trapos y se ponían a secar. Cuando estaban secos ya se hacía la mina, entonces se colocaba adentro de donde iba la pólvora y entonces lo tiraban y eso estallaba muy fuerte. Si, primero se echaba la pólvora exacta, usted echaba dos o tres tarrados de pólvora bien apretado y eso estallaba muy fuertemente!!! Se le echaba vidrio, se le echaban hasta piedras, lo que hubiera, porque en ese tiempo no había lo que hay hoy”.⁶⁷

⁶¹ Se le llama de la U a esta arma que es calibre 22 por la letra que muchos de sus cartuchos tienen en la parte del fulminante, una letra U mayúscula.

⁶² Granadas de mano artesanales consistentes en un pedazo de tubo galvanizado relleno con pólvora o dinamita y provisto de una mecha.

⁶³ Don Gustavo

⁶⁴ Pancho Villa

⁶⁵ Pancho Villa

⁶⁶ Don Gustavo

⁶⁷ Don Gustavo

Uno de los temas mas recurrentes en los recuerdos de estos viejos se relaciona con el el hambre y la comida. El hambre parece haber sido algo recurrente, una situación que se hacía muchas veces alarmante cuando estaban en el monte. Había escasez generalmente, pero especialmente era la falta de tranquilidad y reposo para las comidas. Se comía lo que hubiera y como estuviera, pues cocinar no era fácil, ya que el humo de las fogatas los podía delatar. Frecuentemente se comía crudo y sin sal. Pancho cuenta:

“... El hambre también cargaba... la avena era una comida especial, avena como fuera!!! a usted le daban su ración de avena y no podía comérsela porque el enemigo estaba encima. Tocaba esperar y comérsela por el camino o cuando llegaran a una quebrada o a un río ya podía comerse su ración de avena con panelita y agáchese a beber agua... A veces mataban una res, y en el momento en que la están porcionando, los centinelas avisaban del ejercito, que venía por tal parte, entonces tocaba porcionar de uno en uno, y usted la colgaba o la amarraba al fusil, su pedazo de carne cruda pa'comersela donde hubiera forma, donde usted pudiera de noche prender un fogón que no se viera... Tomábamos tinto en totumas y en coquitas de guadua... Eso de la guerra fue muy tremendo...”⁶⁸

Don Gustavo, recordando su vida en el monte con la chusma, y las dificultades para poderse alimentar, narraba:

“... Se establecieron combates, donde durábamos nosotros hasta tres meses sin probar la sal, hasta tres meses sin probar sal... considere... Y cuando llegó la sal, eso parecíamos gallinas con hambre, coja un puñado de sal y corra comiendo en el camino. Se compraba pescado saldo y se juagaba ese pescado y esa lavaza de ese pescado no se botaba, sino que se guardaba, con eso se salaba las comidas después de que se acababa el pescado. Duramos como unos tres meses sin probar la sal. En ese tiempo de la represión conservadora, no dejaban pasar la sal... Cuando llegó la sal, casi mato por una puñadita de sal!!!”⁶⁹

Las enfermedades y la muerte también están muy presentes en los relatos de antiguos niños combatientes de la época de La Violencia. Cuidar las enfermedades y padecimientos, curar las heridas y enfrentar la muerte es recordada como una de las experiencias mas duras de su paso por la militancia en estas estructuras guerrilleras:

“... sí, el que se enfermaba se aliviaba con yerbas o droguita, y sino se moría... La gente toda por acá sabe, como yo que sé de muchas yerbas de remedio... pero vuelvo y le digo, en ese tiempo la gente se comía la carne sin sal, cruda, a medio asar y esa gente no se les oía decir que se enfermaran por comer la carne así, o por tomar agua así como le digo, de una quebrada y seguir la marcha... En un combate, el que quedaba muy herido, herido de muerte, se acababa de matar!!! Si, para que el ejército no lo cogiera y lo martirizara. Y los que estaban medio heridos se les serruchaba el miembro, o resultaba también a veces quién los curaba... La misma gente con carajadas, con cositas de esos tiempos... como cuando a uno le curaban heridas en la casa que se cortaba y los papas se lo curaban a uno con cosas sencillas...”⁷⁰

Los viejos entrevistados, recordando sus tiempos de niños en medio de la guerrilla recordaban con espanto los compañeros caídos:

“...pues lo más triste muchas veces eran los caídos, los compañeros, mayores y menores, caídos en combate... Si, otras veces, tener uno que pasar por algo que 8 o 15 días o 20 días, donde habían quedado por ahí 10, 15, 20 muertos, compañeros, que no los recogieron... no

⁶⁸ Pancho Villa

⁶⁹ Don Gustavo

⁷⁰ Pancho Villa

podieron sepultarlos, no... la fetidez de noche tan tremenda!!! y de día eso volaban gallinazos por toda parte... Es una vida triste...”.⁷¹

En medio de la guerra, la angustia y el dolor, los momentos de esparcimiento y las fiestas también estaban presentes. Los niños de esta generación que hicieron parte de estas estructuras, recuerdan como muchos de los muchachos mayores que ellos, eran hábiles con la guitarra y el canto, y cuando se ayudaban con un poco de aguardiente la fiesta no se hacía esperar.

Durante este período de *La Violencia*, era muy frecuente que los niños no estuvieran solos en estos grupo de autodefensa. Ellos llegaban en compañía de su grupo familiar, sus padres y hermanos. Otras veces con un hermano, un primo o compañeros de la vereda. Manuel Marulanda, en Cuadernos de Campaña cuenta como de los destacamentos guerrilleros, dirigidos por los comunistas, cuyos primeros núcleos nacieron en 1949, formaban parte los Loaiza, reconocido grupo familiar de guerrilleros liberales, conformado por cuatro hermanos, a cuya cabeza se encontraba el padre, el viejo Gerardo; los cinco García entre los que se hallaban quienes llegarían a conocerse más tarde como "Terror" y "Peligro"; los cuatro Ospina y los cuatro Rada y "otros que llegaron a ser celebres por su valor y sus actos bandoriles".⁷²

Uno de los episodios mas recordados por los viejos con los que conversé sobre su infancia durante la época de La Violencia, fue indudablemente el relacionado con los bombardeos de Villarica, ocurrido durante el gobierno del general Rojas Pinilla quien en Junio de 1954 envió siete batallones, entre ellos El Colombia, que venía de la Guerra de Corea, a tomarse la zonamientras la fuerza aérea fue ordenada de bombardear las guerrillas liberales. Los campesinos de la región, cerca de cinco mil, huyeron entonces hacia el rio Duda y la vereda Galilea. En el transcurso de este éxodo campesino, muchos de "los marchantes murieron de hambre, las mujeres parían en el monte, niños y mujeres quedaron enterrados en los lodazales", relata alguno de los sobrevivientes⁷³

"De niño veía cómo pasaban los aviones de las Fuerzas Armadas por el cielo de Villarica, y entre las montañas se escuchaban los estruendos que dejaban las bombas lanzadas por el Ejército: estaba finalizando 1954, cuando se dieron los primeros bombardeos contra las guerrillas liberales".⁷⁴

Galilea, una vereda del municipio de Villarica en el Tolima, fue un lugar emblemático en la época, donde se reunieron múltiples familias desterradas, huyendo de la violencia bajo el asedio de los militares en el bombardeo a la zona de Villarica. Eran familias cargadas de hijos y arrastrando viejos. Es difícil establecer cuantas familias se alcanzaron a reunir en este lugar, así como tampoco cuantos niños ni sus edades. Teniendo en cuenta las estructuras familiares en la región y los altos índices de natalidad imperantes, el número de niños, niños pequeños que no se podían dejar solos, que eran dependientes, debió ser alto. Jaime Guaracas, desde la Habana recordaba respecto:

⁷¹ Pancho Villa

⁷² Manuel Marulanda V. Cuadernos de Campaña. Ediciones Abejón Mono, Bogotá, 1973. Pg20

⁷³ Relato de un sobreviviente de bombardeos en Villarica, Tolima. Domingo 10 de Julio de 2016.Vanguardia.com

⁷⁴ Relato de un sobreviviente de bombardeos en Villarica, Tolima. Domingo 10 de Julio de 2016.Vanguardia.com

“...No eran 50 familias, pasaban de 200. Fue un campamento muy bien montado, con varias organizaciones: de los 15 años hasta los 40, y a veces hasta los 50, eran guerrilleros de fila que cumplían cualquier misión militar. Con los mayores de 50 se construían ranchos, cultivaban comida, hacían alpargatas y trabajaban el cuero para hacer cartucheras. Las mujeres remendaban, cocinaban, lavaban; algunas eran enfermeras y otras enseñaban a leer a niños y ancianos. Los hombres de fila salían a pelear o a llevar abastecimientos porque lo que se cultivaba no alcanzaba...”⁷⁵

Dado el número tan alto de niños pequeños que allí se encontraban, se decidió organizar una especie de guarderías infantiles, donde las mujeres se turnaban para atender a los pequeños mientras las otras madres estaban en comisión o cumpliendo alguna de las múltiples tareas que entonces desarrollaban para poder sobrevivir. Ellas, las madres, acompañadas de las hijas mayores se encargaban de atender a los pequeños, cambiarlos cuando fuera necesario, brindarles el tetero de agua de panela y leche, ponerlos a dormir, y muy especialmente tratar de que no lloraran. El llanto de los niños era necesario apaciguarlo como diera lugar, ya que éste se podía escuchar a largas distancias y por ellos podía ser descubierta su ubicación. Del texto de Jacques Aprile-Gnisset, *La Crónica de Villarrica*, encontramos una referencia al respecto

“... Estando en Galilea se organizaron unas guarderías infantiles... Porque cuando las compañeras salían a comisión, no había quién cuidara a los niños pequeños... Por eso la dirección acordó que se debían hacer guarderías infantiles. Se hacían unas caletas, unos ranchos. Se nombraron unas compañeras que quisieran servir como cuidanderas de esos niños y cada vez que una compañera salía en comisión, llevaba los niños a esa caleta y los dejaba a las compañeras responsables de la guardería... Si había que darles de comer, pues les daban; y si no pues los vigilaban y los entretenían para que no lloraran mucho. Si la compañera no llegaba esa noche, había que acostarlos y estar pendientes de ellos para salvarlos de una arremetida de los enemigos y no dejarlos coger...”⁷⁶

Incluso se llegó a organizar una rudimentaria escuela, donde algunas madres enseñaban a leer y escribir a los más grandecitos y a los viejos. Sin embargo, la poca información que se pudo recoger señala que estas iniciativas en tiempos de guerra difícilmente podían concretarse. “El enemigo no daba tiempo para eso”.⁷⁷

Se menciona también la conformación de un batallón constituido exclusivamente por niños menores de 14 años. Se trataba de el *Batallón Sucre*, sobre el que habrá que profundizar pues la información al respecto es muy fragmentaria. Jaime Guaracas narrando su experiencia en las Farc lo menciona, al igual que otros viejos guerrilleros de la época:

“... Cuando yo llegue no había cumplido 12 años. Dure unos días en el Batallón Sucre, donde participaban los niños de 10 a 14 años; a los 15 ya se podía pasar a la fila de guerrilleros. Un día deserte de los pioneros, me presente en la fila de los disponibles y me aceptaron como guerrillero. No había cumplido los 13 todavía”.⁷⁸

⁷⁵ Tomado de la entrevista de Alfredo Molano a Jaime Tarsicio Guaraca, alias Jaime Guaracas de las Farc, en Cuba. elespectador.com, 28 Jun 2014

⁷⁶ Aprile-Gnisset, Jacques *La Crónica de Villarrica*. Edición Instituto Latinoamericano de Servicios. ILSA-Revista Opción. 1991

⁷⁷ Aprile-Gnisset, Jacques *La Crónica de Villarrica*. Edición Instituto Latinoamericano de Servicios. ILSA-Revista Opción. 1991

⁷⁸ Tomado de la entrevista de Alfredo Molano a Jaime Tarsicio Guaraca, alias Jaime Guaracas de las Farc, en Cuba. elespectador.com, 28 Jun 2014 . También en: "El legendario comandante de las Farc

En medio de estas estructuras de grupos campesinos de autodefensa y posteriormente de guerrillas, los niños de la época encontraron en muchos casos, la protección que sus familias no pudieron darles. Hallaron y construyeron lazos de hermandad con sus compañeros de grupo, muchos de los cuales eran conocidos, hermanos, primos, amigos de vereda o compañeros de escuela. En ellos encontraban afecto y protección. Algunos recuerdan el cariño que como niños, como *chinchés* les tenían. Inclusive los cuidados o la protección que los mayores les brindaban. No faltaba quien también, por el hecho de ser pequeños, se “la montaran”. Don Gustavo cuenta:

“... Recuerdo esos hombre, ellos me quisieron a mi, me hice querer... Algunos soldados rasos, porque yo hacia lo que quisiera hacer, me la velaron... Yo, como era chinche yo no tomaba; cigarrillos si fumaba, porque había que tenerlo listo p’a las granadas. Tocaba defenderse, que se hace...”⁷⁹

Los recuerdos de Don Gustavo, Pancho, Don Chengo y otros testimonios de niños que fueron combatientes en la época, permiten ver muchas de las cualidades y destrezas que los niños tenían. Su vitalidad, energía y desconocimiento de la pereza, los hacía voluntarios para realizar muchas de las actividades que los más adultos no querían realizar: “*Yo era voluntario para todo. Cuando había que ir a conseguir comida, yo!, yo!, yo!, por que por allá iba uno a rebuscarse, a divertirse...*”⁸⁰ Igualmente su agilidad y su liviandad que les permitía realizar muchas tareas que los mas adultos no podía hacer: “*Esos muchachos eran unos verracos, parecían unos gusanitos, livianitos de cuerpo y el cuerpo les ayuda para todo eso de la guerra...*”⁸¹

Finalmente los viejos entrevistados consideran que su infancia, si es que la tuvieron, transcurrió en medio del conflicto. La Violencia marcó esta etapa de la vida y le dio rumbo. Fue con estos grupos de autodefensa campesina y con las nacientes FARC que ellos se formaron y ahí aprendieron de la vida. Algunos, después de los acuerdos de paz y de la amnistía firmados durante el gobierno de Rojas Pinilla, lograron reencontrarse con sus familias. Hicieron sus vidas pero no se pudieron apartar del acontecer político del país y su región. Otros, ante la dificultad de sobrevivir después de abandonar las armas, acogieron lo que habían aprendido y formaron con compañeros pequeños grupos de bandidos: deambulaban la región buscando trabajo, “haciéndole a lo que fuera”. Unos, pocos talvez, sintieron el llamado de Dios y lo que no pudieron solucionar a través de las armas, lo trataron de hacer a través de la religión. “Dios los llamo y les mostro el camino a seguir”. Algunos por la formación política que habían adquirido, continuaron militando con estos grupos, de manera especial con las guerrillas de las FARC. Un caso conocido aunque no lo suficientemente estudiado es el Jaime Guaracas, el viejo guerrillero de esta generación de La Violencia, que vive en la Habana y a quien gracias a las entrevistas realizadas por Alfredo Molano hemos podido conocer: los pequeños soldados que se convirtieron en futuros jefes guerrilleros.

rememora 70 años de guerrilla " Revista Aquelarre. Universidad del Tolima, año 2015, volumen 14 #27. ISSN 1657-9992. p 45

⁷⁹ Don Gustavo

⁸⁰ Don Gustavo

⁸¹ Pancho Villa

Los muertos de la guerra persiguen a los niños hasta su vejez o, como diría Michel de Certeau: "el muerto habita la vivo".⁸²

Reflexiones

1- ¿Porqué centrar la mirada en la niñez en la época de La Violencia? Esta pregunta me ronda en la cabeza y algo similar puede suceder en quién lea este artículo. Una de las justificaciones principales sobre la razón de esta investigación que busca centrar la mirada en la niñez, se relaciona con aspectos estructurales de la realidad social Colombiana a mediados del siglo pasado. Los historiadores de la demografía colombiana han señalado como al finalizar los años treinta, Colombia era un país eminentemente rural que empezaba, muy tímidamente a transformarse en un país urbano. De cada 100 habitantes, tan solo 29 vivían en áreas urbanas. Pero además de ser un país rural, Colombia era un país cuya población se hacia cada vez mas joven. A partir de los años cuarenta, Colombia adquirió un ritmo de crecimiento que duplicaba el alcanzado en el decenio precedente. No solo los adultos empezaron a vivir más años, sino muy especialmente los primeros años de existencia de los niños se hicieron mas seguros y ellos dejaron de morir tan frecuentemente como lo hacían anteriormente, lo que condujo a que la población de jóvenes en el país se hiciera cada vez mayor.

Para el año de 1951 cuando se realizó un censo de población a nivel nacional, los jóvenes representaban un gran porcentaje de la población rural de Colombia: el 26% de los 6.787.123 habitantes del campo tenían entre 15 y 29 años, además de un 44,8 % de la población, que eran menores de 14 años. (Censo, 1951). Es decir que para el año del censo, cuando el país se debatía en uno de los episodios de violencia mas dramáticos de su historia, casi la mitad de su población rural era menor de 15 años y otro porcentaje muy alto correspondía a población joven.

2. Sin embargo, y a pesar del peso demográfico de este sector de la población, los niños, las niñas y los jóvenes en general no aparecen en los estudios realizados sobre la época. A pesar de que el periodo de La Violencia ha sido ampliamente estudiado, tanto por investigadores nacionales como internacionales, y miles de paginas y cientos de libros, artículos, informes, novelas se han escrito sobre el mismo, hasta la fecha, ninguna ha registrado la presencia que los niños tuvieron en ella, ninguna se ha preguntado por la experiencia de este amplio grupo poblacional de la niñez que conformaba cerca de la mitad de la población campesina del país. La amplia bibliografía existente, tanto académica, como testimonial o literaria es mezquina en relación a la niñez. Es muy poca la información que se refiere a ella y cuando ella aparece, lo hace solo tangencialmente. La presencia de los niños y las niñas es vanalizada, ubicada en el trasfondo o en los márgenes de los escenarios, cubierta de sombras, ocultada.

3. El niño que emerge de la información recopilada, representa una niñez muy distante de aquella que para la época se vivía en ciertos sectores privilegiados de las principales ciudades del país, especialmente Bogotá. El niño campesino de mediados de siglo XX en Colombia, era un niño que vivía al aire libre y estaba expuesto a

⁸² Michel de Certeau, Historia y psicoanálisis, 2 ed, México, Universidad Iberoamericana, 1998, p 77 . En Susana Sosenki y Mariana Osorio Gumá. Memorias de Infancia. La Revolución Mexicana y los niños a través de dos autobiografías. P. 165

múltiples experiencias, era un niño que no se desarrollaba bajo el aislamiento y las atenciones especiales que se recomendaban para formar “el niño moderno” que se imponía en occidente. Su instrucción escolar era rudimentaria y cuando ésta aparecía, lo hacía como algo secundario y quedaba sujeta de la necesidad de sus brazos para desempeñar las múltiples tareas requeridas para la subsistencia familiar. Este niño no poseía un espacio íntimo propio, ni tampoco disponía de un espacio especializado; el espacio lo compartía con los adultos mientras se realizan las múltiples actividades que la cultura y la sociedad les asignaban. Y lo más importante, en términos de lo que hoy se entiende como niño, el niño campesino de la época trabajaba codo a codo con su mayores. El trabajo infantil por ellos desarrollado, implicaba que el niño entrara al mundo adulto prematuramente, lo que no equivale a que los miembros que conformaban la comunidad se confundieran unos con otros. Dentro del engranaje del trabajo cotidiano, el niño desempeñaba funciones específicas, funciones que solamente el como niño, tenía la capacidad de cumplir adecuadamente.

Era una infancia muy corta donde las necesidades de la economía doméstica, la subsistencia familiar y las estructuras económicas que imperaban en la región requerían de la fuerza de trabajo tanto de los niños como de las niñas. Sin embargo, la infancia femenina resultaba aun más corta que la del niño, ya que ellas se iniciaban en las labores domésticas desde su primera infancia y para ellas era aun mas distante la experiencia escolar. Muchas se convertían en madres, con deberes hacia sus maridos e hijos apenas alcanzaba su adolescencia, y frecuentemente, las niñas desempeñaban estas funciones desde antes de ser madres biológicas, ya que a ellas se les delegaba el cuidado de sus múltiples hermanos menores.⁸³

4. El niño que emerge de los documentos revisados y los contruidos con los relatos de viejos que fueron niños combatientes o niños guerrilleros en la época de *La Violencia*, riñen con la visión que se ha construido de *qué es un niño*. Aquella imagen del niño inocente, dependiente y necesitado de protección; de el niño como aquel ser incompleto al que le faltan tantas cosas para llegar a ser una persona, un ser incapaz de tener responsabilidades y tomar decisiones, ese niño no aparece en la información. La imagen del niño recluido en el ámbito escolar creado especialmente para ellos, y del niño, como aquellos seres que se desarrollan en mundos paralelos y separados de los adultos, aquí no existe. Surge por el contrario un niño que muy tempranamente se incorpora a la fuerza de trabajo necesaria para el funcionamiento de la economía doméstica y de la economía regional, donde comparte codo a codo los espacios y las actividades con los adultos. Aparece un niño mas asociado al trabajo que al estudio. Un niño que desde muy temprano sabe manejar las herramientas y poner a producir la parcela. Surge un niño que desde muy pequeño ha ido adquiriendo autonomía y responsabilidades; que en medio de su analfabetismo, conoce la orientación política de sus padres, distinguen a los enemigos políticos de la familia y se adhiere a una causa. Niños que ante la ausencia del padre, ellos de 10 o 12 años, quedaron respondiendo por la familia o por el funcionamiento de la parcela. Niños que ante llegada de La Violencia, asumieron la defensa de su familia y su vereda y se involucraron activamente en las actividades de la guerra.

⁸³ Véase el trabajo los Niños Villistas, donde se encontrara una infancia con características muy similares a las halladas y descritas en este trabajo. Beatriz Alcubierre, Tania Carreño Kling. **Los Niños Villistas. Una mirada histórica de la infancia en México, 1900-1920.** Secretaria de Gobernación, Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana. México, 1997

Esta realidad que aparece, es muy distante de la que los medios, los organismos internacionales y muchas ong's nos muestran sobre los niños combatientes actuales y nos permiten ampliar la visión sobre la problemática de los los niños soldados: Las razones por las cuales se incorporan a la guerrilla, la forma como lo hacen, la manera como aprenden las habilidades necesarias para subsistir en este medio. La tesis tan difundida que afirma que “los niños vulnerables se hacen soldados porque son manipulados por adultos inescrupulosos”, esta alejada de las realidades históricas que ha vivido el país y no dejan entender el problema con la complejidad y riqueza que la información empírica lo requiere.⁸⁴

⁸⁴ Rosen, David M. **Armies of the Young: Child soldiers in War and terrorism** The Rutgers series in childhood studies. 2005